

Homilía en el XXXI Aniversario de los Mártires de la UCA

Andreu Oliva, S. J.

Domingo, 15 de noviembre, 33 del Tiempo Ordinario, Catedral Metropolitana de San Salvador.

Lecturas:

- Del libro de los Proverbios 31, 10-13.19-20.30-31
- Salmo 127
- Carta a los Tesalonicenses 5, 1-6
- Evangelio según san Mateo 25, 14-30

La primera lectura es una alabanza a la mujer y a su trabajo. Específicamente, una gran alabanza al trabajo de la mujer en el hogar, al servicio de la familia, al trabajo de cuidado que realizan tantas mujeres en el mundo. Un trabajo que no es valorado ni reconocido por la sociedad. El trabajo de cuidado, del que se ha responsabilizado a las mujeres, y del que los hombres en general nos hemos desentendido, pero en el que deberíamos asumir nuestra parte, es un trabajo valiosísimo, que no se puede seguir ignorando y despreciando, sino que debemos darle el justo valor. Es un llamado a cambiar nuestra cultura machista y patriarcal, es un llamado a valorar el trabajo, todo tipo de trabajo, en la casa, en la calle, en la oficina, en la fábrica, en el mercado, y que el trabajo sea fuente de realización... Quisiera que hoy pensemos en el valor del trabajo que hacen las empleadas del hogar, y si realmente las tratamos como se merecen, y valoramos el trabajo que hacen, y lo reconocemos con una remuneración digna. Sabemos que no y que esta es una forma de esclavitud de la sociedad actual que debe cambiar. En la cuarentena, en nuestra casa, no pudimos contar con su apoyo por unos tres meses, y eso a mí me ayudó mucho a valorar su gran trabajo mucho más. Ojalá que pensemos sobre ello y hagamos justicia a tantas mujeres a las que no se les reconoce su trabajo.

El trabajo de cualquier tipo, remunerado o no, en la casa o fuera de ella, es igualmente valioso, dignifica al ser humano, le permite realizarse personal y socialmente. La cultura judeocristiana valora mucho el trabajo, le da una gran importancia y valor, incluso más allá del valor material y de la remuneración. Tomemos conciencia de ello y preguntémosnos

si también es así para nosotros. Si nuestra sociedad tiene también esta actitud, o al contrario, es una sociedad que valora más el trabajo mejor pagado, el que da más prestigio, el que nos permite tener más poder, el más cómodo... todos los trabajos son necesarios e igualmente importantes. Además, desde nuestra concepción cristiana, el trabajo no debe ser un medio de opresión, ni de injusticia; por eso debe haber leyes justas que protejan al trabajador, que reconozcan sus derechos humanos, que le den seguridad, y que el trabajo sea la fuente de ingresos para una vida digna y propia de la persona humana. Mucho nos hace falta avanzar en ello, en nuestro país, pues un país que no ofrece a todos la oportunidad de un trabajo digno y debidamente reconocido es un país que no valora el trabajo ni lo considera la fuente de dignificación y realización humana que este debe ofrecer. Un país con salarios que no permiten el sustento, o que deja sin trabajo a miles de personas, no puede llamarse un país justo y socialmente responsable.

La segunda lectura nos hace un llamado a no tener miedo del día en que el Señor Jesús volverá a tomar posesión de su Reino. Al contrario, nos invita a vivir atentos, vigilantes, en una espera activa:

“Pero vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas, para que ese día no os sorprenda como un ladrón, porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no lo sois de la noche ni de las tinieblas. Así, pues, no durmamos como los demás, sino estemos vigilantes y despejados”.

Monseñor Romero en su homilía del año 1977, correspondiente a este domingo, preguntaba “¿Qué haríamos si mañana fuera ese día del juicio? ¿Estamos preparados? ¿Estamos viviendo según la voluntad de Dios? ¿Estamos haciendo lo que debemos hacer? ¿Estamos donde debemos estar? El Señor nos llama a una espera activa. Una espera que supone trabajar en este mundo, según la esperanza escatológica, no viviendo una piedad desencarnada, sino cumpliendo los deberes de la tierra, exigiendo la justicia

social, viviendo un cristianismo auténtico, integral, trabajando para perfeccionar esta tierra, para que sea como la aurora, que sea reflejo de la vida nueva, del Reino de Dios hacia el que caminamos y [en el que] seremos felices, donde habrá justicia y amor consumados, y nuestra vida aquí debe ser anuncio de este mañana de salvación que el Señor nos trae” (Cfr. Homilías Mons. Oscar A. Romero, 13/11/1977).

Pasemos ahora a la parábola de los talentos. “Les dejo encargado un número de talentos según su capacidad”, y no importa cuántos talentos les dejo, lo que importa es si supieron aprovecharlos o los desperdiciaron. Cada uno hizo lo que consideró debía hacer con los talentos recibidos, ponerlos a producir, según su capacidad, o esconderlos, para no perderlos y devolverlos a su dueño, cuando regrese. ¡¡Y tengamos claro que el dueño es El Señor, no otro!!!

Aunque la parábola hace referencia al valor material de los talentos, y a producir con ellos frutos materiales, no debemos confundirnos. No se trata de las riquezas ni de los bienes materiales, ni que andemos compitiendo por quién produce más. La parábola debemos interpretarla de acuerdo al resto de los evangelios, de acuerdo a los valores del Reino de Dios. Por ello debemos entender esos talentos de manera simbólica y considerar que esos talentos son todos los dones que hemos recibido. La clave está en poner a producir esos dones recibidos, y que produzcan “bien”, “verdad”, “solidaridad”, “justicia”, “amor”, “servicio”, “paz”; producir los frutos que son propios de los hijos de la luz. Podemos ponerlos a producir para los frutos del mal, los que son propios de los hijos de las tinieblas. Y eso es algo que debemos estar cuidando siempre, ¿qué frutos producimos nosotros? Y los mártires nos dan un ejemplo de los frutos que producen los hijos de la luz.

Hoy en este lugar y en esta fecha, la cripta de catedral junto a los restos de san Romero de América, conmemorando el XXXI Aniversario de los Mártires de la UCA, a la luz

de estas lecturas, podemos hacer un examen a estos hombres y mujeres que dieron la vida por nosotros. No cabe duda de que recibieron abundantes dones de Dios: la vocación a una vida en Cristo, llamados a una vida de servicio al Pueblo de Dios, inteligencia, lucidez, buenos estudios en universidades prestigiosas, habilidades para la predicación, para el análisis social, la pastoral, la docencia, responsabilidades importantes... Se le encargó un número de talentos a cada uno según su capacidad. Ninguno de ellos hizo como el que recibió un talento en la parábola evangélica, no tuvieron miedo, no los enterraron, al contrario, pusieron a producir los dones recibidos, y vaya si los pusieron a producir, pues todos ellos fueron grandes trabajadores... Monseñor Romero no paraba buscando cómo evangelizar, cómo realizar su trabajo pastoral, estudiando siempre, preparando las homilías, las cartas pastorales, visitando los cantones, las parroquias, llevando la palabra de Dios, consolando a los atribulados, a los que sufrían, defendiendo a los pobres y a los que recibían atropellos, denunciando las injusticias, los abusos del poder, oponiéndose a la violencia... cuántos frutos dieron los dones que él recibió; yo creo que dio mucho más que un talento por cada talento recibido, fueron como al ciento por uno. El fruto principal de los talentos de Mons. Romero fue hacer el bien, mucho bien, y hacerlo a los preferidos de Dios, los empobrecidos, las víctimas de las injusticias, las viudas y los huérfanos... eso le mereció la gloria de la santidad.

Lo mismo podemos decir de los Mártires de la UCA, trabajaban incansablemente, hasta altas horas de la noche, tanto así que al P. Martín Baró, los asesinos lo agarraron despierto y vestido, eso era común en ellos. Fueron hombres entregados, generosos, atendiendo a los demás, trabajando, estudiando, analizando, escribiendo, preparando clases, ejercicios espirituales, una vida con una gran actividad, una vida al servicio de hacer el bien, luchando contra el mal, propugnando un mundo nuevo, distinto, según el corazón de Dios, para todos... seguían a Jesús, y

querían contribuir a que el Reino de Dios fuera expandiéndose por todas partes, pero especialmente aquí, en El Salvador, donde el mal se mostraba tan activo y tenía tantos seguidores.

Trabajaron “para contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, porque ello interesa en gran medida al Reino de Dios”, trabajaron para que el progreso “se fundamentara sobre cimientos de justicia”, para que el progreso “beneficie a todos, sea un progreso de verdad, que llegue a beneficiar especialmente a todos los necesitados, porque a todos los salvadoreños les ha dado el Señor las riquezas de nuestra tierra”. Ellos no se cansaron nunca de hacer el bien, y tampoco nosotros podemos cansarnos de hacer el bien, como decía Mons. Romero.

Para ello debemos comenzar por desterrar de nuestros corazones el odio y el desprecio hacia los demás, especialmente hacia los que no piensan como nosotros. Debemos negarnos a seguir fomentando la división y la polarización, pues es una gran mentira que El Salvador está dividido entre buenos y malos. Es mentira que los buenos son los que piensan como yo y los malos los que no están conmigo. Debemos negarnos a seguir con la retórica agresiva que pretende destruir a los que tienen ideas distintas a las nuestras. Debemos vivir con una actitud de respeto y de tolerancia para con todos, y aprender a dialogar, a conversar, sin fanatismos y sin creernos poseedores de la verdad. Nadie tiene toda la verdad y todos tenemos un poco de verdad.

Las diferencias no deberían dividirnos nunca, al contrario, deben ayudarnos a reconocer la belleza y la singularidad del otro. Debemos trabajar para promover una sociedad basada en el verdadero amor, la justicia y la esperanza. Si queremos fomentar la fe, fomentar el amor, fomentar la paz, fomentar la unidad, debemos desterrar el odio y la agresividad de nuestro corazón y de nuestra mente. Puede parecer un ideal utópico, pues es lo contrario que vemos en una gran parte del discurso político que se

está desarrollando actualmente en nuestro país. Pero en realidad no es utópico. Es la visión de Jesucristo, la visión de Dios para el mundo. Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos mira con amor a toda la humanidad, viendo todas nuestras diferencias: color, raza, género, clase social, y anhela, por encima de todo, que todos sus hijos e hijas vivan como hermanos y hermanas, y entonces, cuando esto sea así, es “cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal, reino de verdad y de vida, reino de santidad y gracia, reino de justicia de amor y paz” que ha venido a traer a este mundo.

¡Que así sea!